

influencia, cuando se pisa el terreno siempre agitado de la moral. No se ha querido enfrentar, como dos polos irreconciliables, a la moral religiosa y a la científica. Berthelot, el gran químico, hablaba de la última como del acuerdo supremo que debía excogitar el hombre para dirigir sus actos. ¿Y qué ocurre? Que en varios puntos, si bien por distintos senderos, se encuentran la una y la otra. Entre la religión, que condena la gula como pecado, y la ciencia médica, prescribe que no se coma mucho para no provocar desarreglos gástricos, se evidencia una armonía perfecta. Así en otros casos.

No he deseado probar que todos los efectos de la metafísica sean exactos, ni muchísimo menos. Sólo he deseado concluir que no cabe privarse de ella, y que uno de los atributos más simpáticos y resplandecientes del hombre reside en esa propensión admirable a cernerse por encima de los objetos materiales, en esa angustia por contemplar más vastos horizontes y perspectivas más largas y halagüeñas que la simple apariencia prosaica de las cosas. El hombre, sin tal atributo, no aceptaría adelantar un paso; no hubiera recibido nunca un conjunto de postulados morales, por los que medir su conducta y regular la acción entre sus semejantes. Aun abandonando ciertos principios religiosos, como los de la existencia de Dios o la inmortalidad del alma, no se interpreta la moral social, la norma del derecho, como despiques contra la fuerza y la violencia, sin esta situación maravillosa de la mente, de subirse a un plano más alto para considerar y comprender el rítmico enlace y desenlace del tráfigo espiritual.

A muchos acuerdos consoladores, a muchas síntesis armoniosas ha llegado ya la inteligencia humana, especie de rompeolas sobre que se quiebra a diario un turbión de problemas hórridos y la resaca de inquietudes infinitas. Dejémosla libre, que reciba el tributo de todos los vientos y las aguas, como un rompeolas simbólico, purificado continuamente por las ondas que lo bañan; pero enhiesto a toda hora, en una actitud de aviso de alerta, de elocuente consejo a los navegantes porfiados que hunden los piélagos, y aspiran a no verse expuestos a las tinieblas ni al naufragio.

FERNANDO DE LA VEGA

## LA SOCIOLOGIA DE LA FILOSOFIA

POR FRANCISCO ROMERO

La actividad filosófica requiere vocación y determinadas aptitudes, y sería interesante examinar la relación entre estas dos instancias, generalmente solidarias y a veces separadas. Sin entrar en el fondo del asunto, es presumible que una enérgica vocación, mediante esfuerzos y tanteos, llegue a crearse el instrumento intelectual adecuado para realizarse; y, a la inversa, que una notable capacidad por el éxito y goce que acarrea su ejercicio, adquiera a la larga los contornos de una vocación o realmente la promueva. Y han de admitirse también, aunque acaso más raras, las situaciones trucas: una vocación sin la menor capacidad, una capacidad no acompañada en absoluto de vocación ni del don de engendrarla. Lo común y lo natural, sin embargo, parece ser la unidad y armonía del momento vocacional y del instrumental o funcional. La vocación filosófica supone cierta actitud, que es al mismo tiempo su método o procedimiento más general, su utensilio de trabajo. Lo primero es la propensión agudamente teórica, el admirarse o extrañarse de que las cosas sean en lugar de no ser, de que sean como son en vez de ser de otro modo; la extrema e incondicionada teoreticidad —en cuanto averiguación a la cual, por principio, nada escapa— se convierte en pensamiento del todo, o de las partes con referencia al todo, y en pensamiento hasta lo último. La vocación es ya una proyección del interés en tales direcciones, y esta proyección es desde luego un comienzo de efectiva realización, un activo filosofar. La vocación puede manifestarse en plena juventud o en los comienzos de la madurez, o bien con retraso, por la intensificación y ampliación de otros intereses intelectuales, en marcha despaciosa y paulatina o por el repentino estallido de una crisis. El proceso es habitualmente personal y solitario, pero en ocasiones tiene su parte la ingerencia de un motivo exterior.

Hacia fines del siglo XVIII, la filosofía adquiere una nueva di-



mención, la profesional. La filosofía llega a ser oficio para el filósofo puro y creador. Anteriormente existió el hombre de meditación filosófica continua, pero vocacional y no profesional; el que compartía la ocupación religiosa con la filosófica, y también el profesor sin mayor relación con el pensamiento genuino de su tiempo, y sin influencia efectiva, por lo tanto. La cátedra de filosofía no es, sin duda, un invento reciente. Las hubo en la Antigüedad —aunque excluyamos de la ocupación profesional la libre y entera consagración de los filósofos griegos cuyo nombre cuenta—, y Luciano refiere en términos tan divertidos como inmundos los trámites para obtener en concurso una de ellas. Las había en la Edad Media, pero en esa época la condición de filósofo coincidía con la del religioso, preponderando ésta en cuanto a preocupación espiritual y régimen de vida. En la Edad Moderna, hasta el siglo XVIII, la filosofía y la cátedra van cada una por su lado, y cuando se tropiezan, el encuentro no suele ser amistoso. En general, la cultura moderna se incuba fuera de las universidades, bajo su mirada suspicaz, en la actividad autónoma y a menudo conturbada de sabios y hombres de letras: en el frecuente intercambio personal y epistolar; en las academias, verdaderas sedes del nuevo espíritu. Ninguno de los grandes filósofos modernos anteriores a Kant fue profesor; de ordinario, ni siquiera pensaron serlo. Cuando se le ofreció a Spinoza una cátedra en Heidelberg, la rechazó con palabras memorables; cuando Hume solicitó una cátedra en Edimburgo, y unos años más adelante otra en Glasgow, no le fue dado obtenerlas. La filosofía nueva penetra tarde en las universidades, y es verdaderamente Kant quien sella la alianza entre la cátedra y la filosofía moderna, y, por cierto, no sin algunos molestos inconvenientes. Desde entonces, con pocas excepciones, el pensamiento filosófico tiene su hogar en las universidades. La filosofía se convierte en profesión corriente, en régimen y modo de vida, y ello introduce un nuevo elemento al lado de los dos anotados antes, la vocación y la capacidad. Es de imaginar que la elección, en años escolares, de la filosofía como oficio no siempre ha de coincidir con una vocación auténtica y definitiva, por los posibles engaños en una resolución tomada tempranamente, y también porque hay ejemplos de vocaciones que sólo muy tarde han llegado a manifestarse. Pero la elección acusa cuando menos una inclinación o un sentido para estos estudios, un gusto por ellos que con seguridad ha de reforzarse después por obra de la formación metódica. Entre los no muy abundantes filósofos contemporáneos extraños a la cátedra están Schopenhauer —que fracasó al iniciarse en ella—, Eduardo Hartmann, Feuerbach, John Stuart Mill, Spen-

cer, Croce y Keyserling. Algunos ejercieron la docencia no filosófica, como Comte, que daba lecciones privadas de matemáticas y no pudo obtener la cátedra a que aspiraba en la Escuela Politécnica, donde fue examinador para el ingreso, cargo del cual fue separado al publicar su sistema. También fueron profesores no universitarios M. Stirner y Spengler.

La vocación filosófica ha aparecido de manera y en ocasiones muy diversas: por propensión originaria y temprana, por lenta maduración, por la prolongación de otros intereses intelectuales, por preocupación religiosa o reformista, por la presencia y enseñanza de un maestro eminente por la concentración sobre el enigma del propio ser y el propio destino, etc.

Los grandes pensadores ingleses tuvieron por lo general práctica de los negocios públicos o vivieron próximos a personajes políticos influyentes. Bacon, funcionario importante, alcanzó las más altas dignidades administrativas y cortesanas, que al parecer desempeñó con escasa dignidad, y pagó sus faltas con la prisión y el oprobio. Herbert de Cherbury, de encumbrada familia, es la contrafigura del filósofo abstraído en sus meditaciones y alejado del tráfigo mundanal; aventurero, gran cazador, soldado de fortuna, duelista, embajador en París y al final par del Reino. Locke tuvo por patrón al primer Conde de Shaftesbury, y dirigió la educación del tercero, Anthony Ashley Cooper, el Shaftesbury famoso en la filosofía, quien se consagró al menester intelectual alejándose de la política activa a consecuencia de una debilidad cardíaca. Hobbes y Locke, cuya significación en filosofía política es excepcional, desenvuelven sus contrapuestas interpretaciones del derecho natural en estrecha y viva relación con las revoluciones de su tiempo, y el segundo trabajó en una constitución sobre bases nuevas para la Carolina, y publicó en su *Atlantis* los materiales para un plan de reforma social. Berkeley, obispo de Cloyne, concilió la especulación pura con el interés religioso, en cuanto su filosofía combate el materialismo de su época y desemboca en el teísmo, y se entregó apasionadamente al anhelo reformista, que lo movió a concebir y a tratar de llevar a cabo en América los planes de una renovación social de vasto alcance. Hume acompañó como secretario al general St. Clair en una expedición contra Francia y en una misión a Viena y Turín, y desempeñó más tarde los cargos de secretario de embajada en París y de subsecretario de Estado.

La influencia personal directa ha sido en muchos casos factor de

peso para decidir o encarrilar en determinada dirección un destino filosófico. La manera más común es la adhesión a los puntos de vista de un maestro; pero ha habido otras. La filosofía de Schopenhauer, organizada en buena parte sobre motivos afines a los del pensamiento de la India, debe sin duda una de sus mayores incitaciones al conocimiento que él tuvo de la antigua sabiduría indostánica; en un período en el cual triunfa la idea de desarrollo o desenvolvimiento y las concepciones historicistas, peculiares del romanticismo, el resuelto antihistoricismo de Schopenhauer es una excepción, curiosa sobre todo por darse en un pensador romántico por todos sus demás costados, y no se errará mucho si se ve en este antihistoricismo un eco del desprecio hacia la historia y el tiempo habitual en las filosofías orientales. Schopenhauer fue atraído al estudio de estas filosofías por su amigo el orientalista Friedrich Majer. Entre los filósofos recientes dotados de gran poder de seducción, acaso deba reservarse el primer puesto para Franz Brentano, tanto por la intensidad del influjo como por la calidad de las mentes atraídas a su órbita. Su influencia personal fue enorme, y poseemos al respecto expresivos testimonios. Uno de sus discípulos, Anton Marty, notable sobre todo como filósofo del lenguaje, consigna en su diario con estas palabras la impresión recibida al aproximarse al maestro: "Un nuevo mundo se abrió ante mí". Otro de los que experimentaron su extraño poder de captación fue el psicólogo y filósofo Carl Stumpf, quien dice sobre una discusión académica sostenida por Brentano: "Era la suya una concepción de la filosofía nueva e incomparable por la hondura y la seriedad". En cuanto a Husserl, es bien conocida su reverencia por Brentano, a quien toma con frecuencia como punto de arranque para la propia mediación, pero no es tan sabido que le debió el descubrimiento de su vocación verdadera, como se desprende de algunas confesiones, por el estilo de ésta: "En una época en que crecía mi interés filosófico y dudaba yo entre seguir siendo un matemático o entregarme por entero a la filosofía, las lecciones de Brentano me facilitaron la decisión".

Cuando la producción filosófica ha acompañado o seguido a otro tipo de preocupación o actividad espiritual, no siempre es fácil distinguir si se trata de intereses separados o simultáneos, o si se ha llegado a la filosofía por extensión y ahondamiento de una preocupación ajena en sí a ella. La complicación del interés religioso con el filosófico, normal durante la Edad Media, se continúa, sin que sea necesario aducir ejemplos. Baste recordar la gran figura de Schleiermacher y los movi-

mientos de filosofía confesional que prosperan por todas partes. Fehner, médico, se ocupa desde temprano en filosofía, pero su cabal consagración a ella ocurre pasada la cincuentena, después de trabajar intensa y largamente en física. Lotze, acaso el mayor pensador alemán del siglo XIX, después de Hegel, se graduó simultáneamente en medicina y filosofía. En Helmholtz, físico y fisiólogo, uno de los fundadores de la psicología experimental, hay visible relación y hasta continuidad entre la labor científica y la filosófica, esta última consistente casi toda en investigaciones sobre el conocimiento. Wundt pasa de la fisiología a la psicología y la filosofía; Croce llega a ella desde la historia y la crítica literaria, por el pórtico de la estética: los problemas estéticos lo condujeron al examen de las otras actividades del espíritu. Bertrand Russell, singular innovador en matemáticas, asocia los estudios lógicos a los matemáticos, y va elaborando su valiosa obra de filosofía y de crítica político-social desde los comienzos de su carrera. Driesch, zoólogo, discípulo de Haeckel, llega a la filosofía biológica a consecuencia de una crítica experimental del darwinismo, y a continuación se dedica a filosofía general. Klages parte de la grafología, abarca luego todos los problemas del carácter y de la expresión, y arriba a una metafísica como fisiognómica del cosmos. Jaspers, primero médico y psiquiatra, se consagra a la filosofía y produce el más notorio sistema existencialista después del de Heidegger; señalan el tránsito como principales jalones su *Psicopatología general* y su *Psicología de las concepciones del mundo*. La comunidad e intercambio entre literatura y filosofía aparecen en Schiller, en Gabriel Marcel y en los existencialistas franceses de última hora. En la línea del mesianismo polaco, la meditación sobre la historia y la cultura funciona bajo el signo de un ardoroso sentimiento patriótico mezclado a veces con el religioso. En Kierkegaard la reflexión filosófica asume los caracteres de un problema íntimo, de una lucha por la palpitante verdad del alma y contra cuanto se opone a ella, así en los modos de la vida como en los del pensamiento. La confluencia con el anhelo reformista es patente en Comte y Nietzsche, y mucho más, ocioso resulta decirlo, en los filósofos francamente enrolados en empresas de reconstrucción social. De paso, porque el tema en sí requiere ser examinado separadamente, debe advertirse que toda coyuntura de crisis individual o colectiva, en cuanto conmoción y quebrantamiento de un estado de cosas anteriormente sólido y seguro, origina meditación de cariz más o menos filosófico, ya que la filosofía, por su esencia, es problematización, esto es, pensamiento en crisis. Una gran parte del pensamiento filosófico contemporáneo nace de la crisis de la ciencia; en

términos más amplios, la actual crisis de nuestra cultura ha dado origen, por un lado, a vocaciones, libros y aun sistemas, y por otro, al común gusto por este género de lecturas, tan difundido ahora y muy restringido en otras épocas. Toda esta enumeración, desde luego, va por vía de ejemplo y sin ningún propósito de agotar los nombres ni las situaciones. Los caminos, como se ve, han sido múltiples; desde los más diversos orígenes y por muchos rumbos se va a la filosofía.

Aparte debe ponerse lo tocante a la condición profesional o social del filósofo cuando se manifiesta independiente de su postura y función filosófica. También aquí bastará ejemplificar un poco al acaso para mostrar que la filosofía es planta que brota dondequiera y hasta en los terrenos más imprevisibles. John Stuart Mill, funcionario de la compañía administradora de la India, alcanzó en ella los más altos cargos. Spencer era ingeniero de ferrocarriles. Nuestro Alejandro Korn fue médico y dirigió el hospital de alienados de Melchor Romero, en la provincia de Buenos Aires. Roberto Ardigó, principal representante del positivismo en Italia, había sido sacerdote. No han faltado quienes practicasen el trabajo manual; el sublime místico Jacobo Boehme tuvo el oficio de zapatero, y Spinoza, que al parecer ejerció el comercio y la medicina, también pulió lentes para microscopios y telescopios, pero sin que este trabajo llegara para él a ser la humildísima ocupación que pretende la leyenda. Africano Spir, filósofo de la ciencia, ruso, residente por años en Alemania, fue marino. Wronski, uno de los fundadores del mesianismo polaco, era militar; se educó en la escuela de cadetes de Varsovia, y sirvió como teniente de artillería en el ejército del famoso jefe patriota Kosciuszko. También fue militar Eduardo Hartmann; abandonó muy joven la carrera a consecuencia de una enfermedad originada por una contusión en una rodilla. Ejerció el comercio Philipp Mainlaender, cuyo verdadero apellido era Batz, pesimista consecuente que se quitó la vida cuando apareció su libro *Filosofía de la redención*; también fueron negociantes Engels y por breve lapso, Spinoza, como ya se dijo. Charles W. Morris, interesante figura de la actual filosofía norteamericana, profesor en Chicago, se ha ocupado en orientalismo, en ingeniería aeronáutica y en psiquiatría. La pasión por la música y el humanitarismo militante concurren en el filósofo de la cultura Albert Schweitzer, doctor en teología, en filosofía y en medicina, organista de raras méritos, que ha residido en las selvas de Africa para combatir la enfermedad del sueño entre los nativos, y que a veces recolectaba fondos para sus beneficencias africanas, dando conciertos de ór-

gano en Alemania. En fin, el conocido ajedrecista Lasker es autor de varios trabajos filosóficos, entre los cuales sobresale su *Filosofía de lo incompletable*, construida sobre la tesis de que lo completable es lo meramente material, mientras que los entes y procesos capaces de efectivo desarrollo componen siempre series incompletables. Los casos extremos en la condición social han ocurrido dentro de una misma secta, la estoica, con Epicteto y Marco Aurelio; y no es por cierto cosa sencilla decidir quién de ellos ganó más libertad mediante la filosofía, si el esclavo o el emperador.

FRANCISCO ROMERO